

FINALISTA XLII PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

**José Soler**

# **ENTRE ALGODONES**

*f)L* Fundación José Manuel Lara



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue finalista del XLII Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Juan Eslava Galán, Carmen Blázquez Vázquez, Antonio Barrantes Lozano, Antonio Tocornal, Susana García Nájera, Isabel Román Román, Isabel María Pérez González e Ignacio F. Garmendia

Primera edición: abril, 2023

© José Soler, 2023  
© Fundación José Manuel Lara, 2023  
Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia  
Maquetación y diseño: Manuel Rosal  
Ilustración de cubierta: Escalera del Cotton House de Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra  
([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Depósito legal: SE 8-2023  
ISBN: 978-84-19132-12-3

Printed in Spain–Impreso en España

Habr  quien piense que el futuro empieza mañana, una vez refresquen los rescoldos y se evalúen los daños, o dentro de unos días cuando haya tenido lugar el entierro, pero para Pau comenzó hace un mes y medio, a las ocho menos diez de la tarde, cuando puso los pies furtivamente sobre el suelo encerado del Cotton House y su vida anterior se convirtió, de repente, en la alfombra que le había llevado hasta all .

Mes y medio.

Comenzaba a oscurecer después de un día más cálido de lo que cabría esperar en Barcelona para mediados de marzo. Las nubes altas que cruzaban el cielo ya se habían vuelto gris marengo, como si en un esbozo de noche alguien all  arriba probara sus pinceles pintando rayas oscuras donde las blancas estelas, antes de esparcir sobre las tinieblas la Luna, las estrellas y ese punto más brillante que Amanda juraba era Venus.

Pau se encontraba en su cuarto, junto a la ventana que daba al patio de manzana, enfrascado en la lectura de una novela titulada *Risa en la oscuridad*, cuando se encendió la primera ventana de la cuarta planta del hotel de cinco estrellas con el que su finca prácticamente hacía esquina. Le distrajo el tímido resplandor. Esas habitaciones del Cotton House disponían de una pequeña

terraza, en la que se dibujó la silueta de una joven recién salida de la ducha, envuelta en una toalla anudada al pecho que se precipitaba hasta medio muslo. La tapa del libro desprendió un súbito calor y, por un momento, Pau pensó que tenía entre las manos una novela distinta. La dejó apresuradamente sobre la mesa. Curiosa portada: un hombre en primer plano con el rostro borroso, una chica al fondo, una gran ventana. Se abalanzó sobre los prismáticos. Oh. Oh. Hasta tres «ohs» salieron de su boca, como tres anillos de humo. Estuvo tentado de llamar a Amanda y decirle que estaba viendo a Venus, pero no a su planeta disfrazado de estrella, sino a la diosa que nace de las olas en el instante mismo de su alumbramiento.

La Venus del Cotton era muy joven, rubia, de piel blanca, aunque a contraluz se viera más oscura. Seguramente, extranjera. Inclino la cabeza hacia abajo para escurrir la melena al viento. Pau aprovechó para intuir la nuca y el principio de la espalda, allá donde las primeras vértebras sobresalen como garbanzos que uno sube y baja con los dedos tiesos como zancos antes de atreverse con montes más altos, y soñó una escena prohibida detrás del telón de su pelo.

Con la imaginación desbordada, Pau deslizó la toalla de la chica hasta la altura de la cadera y la convirtió en piedra. Mármol, quizás griego o acaso italiano si de diosas clásicas andaba el juego. Imposible, rectificó, por frío, por duro, sobre todo por eterno. Su Venus era efímera, una aparición mágica en una noche de falsa

primavera. Le robó los brazos para que jugaran entre sus piernas y, mientras se tocaba con frenesí adolescente sin preocuparse siquiera de bajarse del todo la bragueta, poseído por unas ganas inusitadas de vivir, quemándose la piel de los dedos al roce del *denim* de los tejanos, comenzó a reír. «¿En la oscuridad?» El reflejo de su mandíbula batiente en el cristal de la ventana le recordó que se había olvidado de apagar la luz de la lamparilla. Mierda, pensó. Mierda, dijo. La noche se había cerrado y su habitación se había convertido en un palco iluminado donde todo el mundo podía verle.

Venus levantó súbitamente la cara, intuyendo la presencia de Pau, y se quedó mirándole mientras él buscaba con torpeza el interruptor, subyugado por la nívea juventud de la chica. Sus miradas se cruzaron un segundo antes de que acertara con el botón y el cuarto se fundiera en la penumbra. La joven se quitó la toalla y se la enrolló en la cabeza. Le ofreció una vista frontal y otra dorsal, juguetona y danzarina. Se agachó a recoger nada, pues nada se le había caído y luego se sentó en la única butaca de la terraza con las piernas abiertas y se puso a jugar con la concha de la que había nacido. Pau sintió cómo le rodeó el cuerpo con los brazos prestados, le acarició el pecho y, cuando iba a derramarse sobre su sexo de nácar:

–¿Qué haces aquí tan a oscuras? Te vas a quedar ciego –Amanda se inclinó a dar la luz–. La cena se enfría.

Pau se apremió a acariciar las manos de Amanda, súbitas y por la espalda; frías y erróneas; conocidas.

Cerró los ojos en un intento por contener la avenida usando los párpados de esclusa, pero un magma tibio se esparció por la entrepierna. Enseguida, el pene se retrajo, más asustado que avergonzado. El corazón le latía con fuerza, como si quisiera salirse del pecho y saltar por la ventana, lejos de aquella habitación que se había convertido en obligado refugio de un pajillero cerca de los cuarenta. ¿Cómo no la había oído entrar? Era imposible que Amanda no le hubiera visto restregarse la bragueta con la mano aún caliente, que no hubiera encontrado extraña su posición –con el culo al borde del asiento, los hombros hacia atrás y las rodillas separadas, como queda un cadáver tiroteado en una silla– o que no hubiera notado al abrazarle las décimas de fiebre, la camisa ligeramente húmeda, la frecuencia cardíaca desbocada. Si él oía el bombeo de la sangre en los oídos, ¿no lo hacía también ella?

Amanda reaccionó con sorpresa a la caricia y posó un beso breve, brevísimo, en el cuello de Pau.

–Te quiero –le dijo él.

Amanda separó los labios de su piel, igual que si le hubiera salpicado aceite hirviendo. Quizás se había delatado con ese amor declarado a destiempo, pensó Pau, pero no podía saberlo. Amanda apoyó las manos en los hombros de Pau y los masajeó desde fuera hacia dentro, apretando cada vez más a medida que se acercaba a la base del cuello, incapaz de aplicar la presión suficiente para causar un efecto relajante en los músculos. En esos momentos en que deseaba exhibir fuerza, su debilidad

se hacía más patente. Pau fingió un suspiro de alivio bastante verosímil.

–Te quiero –repitió más alto, intuyendo que incidía en el error, con los ojos y la intención posados en la chica del hotel.

Las manos de Amanda se detuvieron, dudaron, y luego continuaron un rato más, aunque Pau tuvo claro por la desgana que el masaje había entrado en tiempo de descuento.

Al otro lado del patio, Venus cerró las piernas a cámara lenta. Pau pudo verse en el cristal, y a Amanda, como estaría viéndolos ella; y sintió ganas de gritarle a la desconocida que esa imagen que en la distancia parecería tierna tenía poco de amorosa. Era el beso de la zombi que le había arrinconado en esa habitación, dándole sexo como mucho una vez por semana y arrojándole alguna palabra suelta, bañada de amor, el resto del tiempo.

La chica se levantó sin prisas y se dirigió adentro, pero en última instancia se dio la vuelta y se acercó a la barandilla. Enderezó la columna para más beneficio de los pechos que de la espalda, extendió los brazos y movió los dedos de las dos manos, demasiado lejos de la cara para estar abanicándose.

¿Le estaba invitando a ir?

Después, se metió en el cuarto, descorrió las cortinas y se echó desnuda sobre la cama, con la cara hacia la ventana, las muñecas por detrás de la toalla que envolvía su cabeza y las piernas flexionadas, sobrepuestas con

la única intención de perfilar mejor el triángulo con los muslos, como una chica de calendario, falsamente tímida, de senos perfectos y de nombre «Marzo».

–¿Desde cuándo cenamos en horario europeo? –preguntó Pau con la voz igual de pegajosa que los calzoncillos.

Amanda detuvo el masaje y le removió el pelo como hacen las peluqueras, tijera en mano, cuando buscan saber hacia dónde se orienta el cabello.

–Hay pasta.

Pau le pasó los prismáticos y apuntó al cielo:

–Mira, Ami, ahí está Venus. Es increíble que, estando tan lejos, brille tanto.

Pau Roca Mulray sabía desde muy pequeño que las invitaciones había que aceptarlas al vuelo. A los de su sangre, la vida se les iba de repente, casi siempre coincidiendo con esas alturas del año en que el sayo entraba en cuarentena y que el resto del mundo llamaba, fácilmente, «primavera».

Apenas contaba seis años cuando su abuelo –un hombre de principios, le habían dicho siempre–, después de agradecerle al cielo que las tardes se hubieran alargado, se sentó en el banco de la plazoleta con su cartera de Spiderman sobre los muslos y encendió un cigarrillo. Espantó el humo con la mano y le dijo, casi le ordenó, que fuera a jugar con los otros niños. Pau corrió a hacer cola en el tobogán. Se tiró una vez con las piernas por delante, luego otra de cabeza, imitando al tonto que se le había colado de un empujón y, al levantar los ojos desde la grava aquella tan rasposa que le hacía crecer costra sobre costra en rodillas y codos, fue cuando vio el corrillo alborotado de señoras y críos, incluido el *colón*, alrededor de donde se había sentado el abuelo.

A lo largo de los años, más de treinta ya, había soñado muchas veces que se abría paso entre las piernas junto con unas palomas gorjeantes y veía al abuelo recostado,

recibiendo palmaditas en la cara de un chico con barba que llevaba una gorra azul con la visera en el cogote y unas zapatillas de deporte amarillo chillón. Luego se besaban. En esos sueños de infancia, le parecía raro un beso en la boca entre dos hombres porque no lo había visto antes, pero se alegraba de que al *abu* no le estuviera gustando.

Según la opinión general, esas visiones no sucedieron jamás, gracias a la intervención providencial de la madre de la Cris, que le agarró en volandas y se lo llevó hasta el balancín. Esta señora, a la que nunca volvió a ver ni verdaderamente recuerda, se convirtió en su imaginario infantil poco menos que en un ángel de la guarda. Cuantas veces oiría, en los años sucesivos, la coletilla «menos mal que la madre de la Cris». Tantas que empezó a invocarla en los exámenes, cuando no se sabía alguna respuesta; en los partidos de fútbol que su equipo iba perdiendo; o cuando quería que una niña le hiciese caso. Con el tiempo, sin embargo, llegó a resultarle un personaje fastidioso, una bruja que le privó de su primera gran oportunidad de presenciar un acontecimiento tan importante e irrepetible del mundo de los adultos como es la muerte.

De esa prohibición, de ese «no mirarás», está convencido, nació el *voyeur* que sería.

En el fondo, Pau había sospechado siempre que esa señora sin nombre fue una invención posterior de su entorno familiar para suavizar el trauma, una suerte de ratoncito Pérez que en vez de los dientes se llevaba a los muertos. Lo sabía porque ningún sueño se recuerda

con tanta claridad ni durante tanto tiempo, y él podría señalar en una carta Pantone sin temor a equivocarse el amarillo exacto de aquellas deportivas Nike. En los sueños, los sueños de verdad –pensaba–, uno duda siempre si son en color o en blanco y negro.

En todo caso, la muerte del abuelo Tom, «el irlandés» a los cincuenta y cinco años, fue la primera señal de que debía vivir un pelo más deprisa que los demás.

Con siete u ocho años, el asunto de los principios del abuelo le trajo un poco loco. Tanto la madre de Pau, Azucena, como sus dos tías, se ponían serias, incluso solemnes, cuando hablaban de ellos, pero una vez que Pau les preguntó cuáles eran, se les comió la lengua el gato y se limitaron a mirarse como si una los hubiera perdido y el resto se lo echara en cara, de modo que él había crecido creyendo que eran como el Guadiana. Aparecían y desaparecían extrañamente y, a veces, se encharcaban en unos ojos. Bien podrían ser los suyos, pensaba en aquellos tiempos, porque había días que su madre le miraba fijamente, como si buscara esos ingredientes misteriosos que, por lo visto, pasaban de generación en generación en la rama de los Mulray y habían acabado convertidos en una pesada herencia.

Con quince años, según salían de unos grandes almacenes cargados de bolsas, la madre de Pau le tendió las suyas, cúbicas, de zapatos.

–Aguántamelas, que voy a fumar.

Azucena sacó del bolso sus Marlboro mentolados y se desplomó, con cuarenta y cuatro años, nada más abrir

la cajetilla. Quedó tendida en posición poco decorosa a los pies de un enorme cartel, feliz, floral, de mujeres rubias aguantándose el sombrero, según el cual ya era primavera en El Corte Inglés. Esta vez, Pau quedó dentro del corrillo que se formó, rodeado de un contenido murmullo de uys, ohs y algún disonante ouch, hasta que un señor con pinta de jubilado en Benidorm gritó «*I am a doctor*» y se abalanzó a reanimarla. Pau se agachó a bajarle la falda hasta que le cubrió las rodillas. De paso, le juntó las piernas y le aflojó los zapatos, nunca supo muy bien para qué. Luego, recogió el paquete de pitillos del suelo y lo metió en el bolso mientras el médico le hacía a su madre un masaje cardíaco y repetía «*come on, c'mon*» como endemoniado; los ojos fuera con cada embestida de las manos anchas y salpicadas de pecas; la cara súbitamente roja y sudorosa, de levantador de pesas. Cuando ya parecía que iba a salirle humo, paró. Se enjuagó el sudor con la camiseta y le miró. Más que mirarle, le pintó una mirada goyesca que, en adelante, Pau recordaría como la más desesperada representación del fracaso. Luego vio a su madre, detrás, debajo. Se había quedado con los mismos ojos de expectación, algo coquetos, con los que pensaba pedirle fuego a un desconocido. Ni siquiera había tenido tiempo de poner cara de sorpresa y, ni mucho menos, de despedida, según recordó después confusamente. El hombre le tapó enseguida a su madre la cara con la sudadera que desenredó de su cintura, obligándole a asociar para siempre los últimos momentos de la vida de su madre con los Yankees.

Pau se lanzó entonces a buscar a una persona, primero en el círculo de mujeres que se asomaban a contemplar la escena entre horrorizadas y entretenidas, y luego entre las cuatro modelos que se partían el culo desde las alturas del cartel que presidía la entrada de los almacenes, hundidas hasta la cintura en un mar de espigas sangrado de amapolas. Ya era adolescente. Ya decía tacos:

—¿Dónde coño está ahora la madre de la puta Cris?

Para no seguir recordando, siempre que su mente volvía a esa tarde se refugiaba en los cigarrillos blancos que habían salido rodando y los seguía lejos de la plaza, por el Paseo de Gracia, arriba y arriba, mucho más lejos de donde por supuesto llegaron.

Así las cosas, Pau creció y se convirtió en hombre con el convencimiento de que si evitaba fumar quizás podría esquivar una muerte temprana, aunque en esos decesos familiares el tabaco simplemente pasara por allí. Los Mulray empezaban la partida con peores cartas que los Roca. Era una cuestión de genética pura y dura.